



LA MALDICIÓN DE CIPANGO

Alberto J. Barrientos

LA MALDICIÓN DE CIPANGO



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto J. Barrientos

ISBN: 979-13-87612-18-4

ISBN digital: 979-13-87612-19-1

Depósito legal: M-27311-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, que me enseñaron los valores de sus ancestros.

A mis hijos, herederos del compromiso.

A mi esposa, que convierte lo imposible en esperanza.

Y a los amigos involucrados, los de siempre, ellos saben quiénes son.

«Quisiera hoy partir para la isla de Cibao, que creo que debeipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella y riqueza».

Fragmento de una anotación en el diario del almirante
Cristóbal Colón (miércoles 23 de octubre de 1492)

** Cibao era el nombre con el que los nativos
llamaban a la isla de Cuba recién descubierta*

La Habana, 30 de julio de 1762

La ciudad sitiada por la flota de su majestad George III de Inglaterra había amanecido bajo una bruma densa. Una aureola plagada de terror y desaliento flotaba en el aire, invadiendo progresivamente cada rincón de la villa, enquistándose en cada piedra, presagiando la inminencia de un final nada halagüeño. En medio de aquel silencio lúgubre, con los primeros rayos del sol abriéndose paso hacia el golfo, la ventisca procedente del mar había comenzado a ulular con fuerza mística, renovada, quizás trayendo una última advertencia a los defensores de la plaza: «Las armas británicas tenían a Dios de su lado y pronto se impondrían en el campo de batalla, sin importar el sacrificio quijotesco de los sitiados». La codiciada Habana, la Llave del Caribe Occidental, agonizaba herida de muerte. Aun así, entre las ruinas de lo que fuera alguna vez la emblemática urbe, se alzaba un foco de resistencia heroica, irreductible: el Castillo de los Tres Reyes del Morro.

Dominando la ciudad desde su altura, el Morro constituía el principal objetivo a tomar por la armada inglesa. Y tras seis semanas de enconada lucha, aún ondeaban tras sus muros los retazos de la bandera irreverente. Los defensores de la fortaleza se negaban obcecadamente a rendirla, quizás compelidos por la convicción de saberse sujetos al escrutinio de la mirada imperial. O tal vez por sentirse responsables de mantener incólume la imagen de grandeza de una corona que, con la visión de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, sumada a la osadía del almirante Colón, había descubierto y evangelizado el Nuevo Mundo. España se había lanzado

primero que nadie a esos confines de la Tierra, con la cruz y la espada; y con ellas iría a defender lo que su espíritu precursor le había parido: las colonias de Ultramar.

Los valientes soldados aprovechaban ahora la relativa calma imperante, después de cuarenta y cuatro días de combates, para descansar. Y para curar a decenas de heridos cuyos lamentos quebraban el silencio del amanecer. La terraza superior del castillo, construido sobre un promontorio a la entrada de la bahía, era para entonces la viva estampa del Apocalipsis. Pedazos de muro cercenados por las balas de cañón, fragmentos de cuerpos, restos de fusiles y barriles de pólvora, moribundos recibiendo la extremaunción, cirujanos en plena labor carnicera, manchas de sangre reseca por doquier..., y como colofón, el penetrante olor despedido por las bocas de los cañones defensores, mezclado con la fetidez de los cadáveres en espera de cristiana sepultura. Una escena dantesca capaz de desalentar al más valiente de los guerreros. Un infierno en la tierra, impuesto sin distinción alguna a pecadores y puros.

Entre los soldados de la corona española que durante días y días habían resistido los intensos bombardeos, un joven pelirrojo y con el rostro lleno de pecas resaltaba por la marcada diferencia de su apariencia. Todos le llamaban el *Inglés*, aunque a pesar de ello, de su origen, nadie se atrevía a cuestionar su lealtad. A fin de cuentas, aquel extranjero se hallaba tan sujeto como los demás al fuego mortal de sus empecinados coterráneos. Su verdadero nombre era Sean McDonald y no era realmente inglés, sino escocés. O tal vez irlandés, dependiendo de cuán profundo se hurgase en su genealogía.

Sean observaba ahora la escena a su alrededor como si emergiese de las páginas de un libro, de una de esas leyendas homéricas donde lo heroico, casi siempre, sugiere un desenlace fatal. El Inglés se preguntaba si aquella pelea de años atrás en un bar oscuro de Edimburgo, donde nunca debió haber estado bebiendo, había sido un traspies del destino o una señal divina mostrándole el camino a la redención. Aquel petulante oficial se había ganado la estocada

mortal de Sean, nadie tenía derecho a vejar con semejante desfachatez a una dama..., o debería decir simplemente mujer. ¿Qué importaba que Aoife hubiese sido una viuda algo alegre, una adicta a las pasiones imposibles o a los placeres prohibidos? Aoife era suya, de Sean y de nadie más. Y mucho menos de un imbécil cuya casaca roja le hacía creerse omnipotente e importante.

Volteando la mirada hacia el presente, el alférez encontró una figura cubierta por una sotana carmelita, un sacerdote agachado junto a la hilera de soldados moribundos apilados bajo una tronera. La voz se le antojó medio espectral, como si viniese de otra dimensión, cuando haciendo la señal de la cruz en la frente del moribundo, el hombre de Dios dijo: «Recordad hijo mío, la vida en la Tierra es temporal pero el Paraíso es eterno. Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, os ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de vuestros pecados, os conceda la salvación y os conforte en vuestra calamidad. Amén».

—Alférez Patrick, ¡venid acá! —llamó a Sean el capitán Sebastián de la Sorna, jefe del Cuarto Batallón de Infantes de Marina.

—¡A vuestra orden! —respondió Sean y corrió agachado hacia el oficial superior, sentándose a su lado sobre el suelo.

—Patrick, quiero hablaros sobre algo muy importante... pues presiento que esta batalla está llegando a su fin y estoy convencido de que no sobreviviré.

—No habléis bobadas, vamos a resistir cuanto sea menester y se van a retirar los malditos ingleses, ya veréis.

—No debierais hablar así de vuestra propia gente, aun cuando peléis de nuestro lado...

—Dejad que os diga algo que nadie aquí sabe, ya que tenéis tan malos presentimientos. Yo no soy inglés sino escocés, más bien irlandés. Los malditos marinos de George III son tan enemigos míos como vuestros, ah, y mi nombre real es Sean... Sean McDonald. Es una historia larga que no os contaré ahora, pero bien, ¿qué os preocupa tanto?

El capitán se tomó unos segundos antes de responder, mientras miraba estupefacto al extranjero con su uniforme hecho jirones y pensaba en la revelación acabada de escuchar. Definitivamente, en tiempos de guerra, no era el pasado de los hombres lo que iría a definir su valía. Cuando la muerte galopaba a su antojo entre ellos, con tal grado de irrespeto, solo la forma de enfrentarla podría decir de qué estaba realmente hecho cada uno. Y Sean..., o quienquiera que fuese aquel suboficial al servicio de España, era capaz de sonreír a la Parca mirándole a los ojos y con absoluto desenfado. Una vez digerida la inusual noticia sobre el origen de su amigo, el capitán dijo al mismo:

—Bueno, de cualquier forma, sois un verdadero amigo y uno de los mejores soldados que he conocido. Patrick, o Sean, o quien seáis en realidad, escuchad con atención lo que os diré, porque voy a necesitar de vuestro valor y talento para poder descansar en paz cuando el momento llegue..., hay una misión que quiero encomendaros...

Y durante los siguientes diez minutos, el joven capitán contó su historia ante la mirada atónita del irlandés. Una historia que había comenzado seis años antes, en la península ibérica, cuando el entonces oficial de la Casa Real española se enamorara de la persona equivocada... y ella de él. Un drama, un romance imposible característico de la época, en el que había ocurrido lo inevitable. El entonces teniente había sido enviado a las colonias de América, mientras la noble y joven dama era desposada por alguien de su clase, alguien que «la merecía» según los cánones. Sebastián de la Sorna, sin embargo, no había renunciado a ese amor. Y haciendo uso de una audacia peligrosa, ignorando las barreras éticas con el pretexto de que la pasión lo justificaba todo, había sustraído un valioso tesoro del erario real. Había robado un alijo de oro y joyas, proveniente de México y destinado a Madrid, con el cual pretendía recuperar a su amada y huir hacia los confines del mundo. O al menos eso había planeado hasta que los «malditos ingleses» apareciesen frente al Morro.

Ahora del proyecto solo quedaba la buena intención y una carta que, en caso de morir el capitán, Sean debería entregar a la conspicua dama en Madrid. Junto a la misiva, el irlandés debería entregar una parte de las joyas, pudiendo tomar la otra para sí y para cubrir gastos de viaje. Ese era el pedido que el oficial acababa de hacer..., y que Sean acababa de aceptar. Las instrucciones de como adquirir el tesoro de marras estaban escritas en una segunda hoja de papel, la cual ahora se hallaba a resguardo bajo la chamarreta del alférez.

De pronto, el eco sombrío de un cañonazo en alta mar, seguido del silbido harto conocido, penetró en los oídos de los hambrientos y agotados defensores del castillo. Una gigantesca columna de fuego de colores rojo y amarillo iluminó de pronto el cielo, que apenas comenzaba a recibir los primeros rayos del sol, para acto seguido escucharse un estruendo descomunal y más ensordecedor que el producido por todas las andanadas de proyectiles de días anteriores.

Fue como si La Tierra estallara, tras liberar a un demonio iracundo en sus entrañas. La desmesurada explosión estremeció la fortaleza de un extremo al otro, algunos pedazos humanos surcaron el aire en diferentes direcciones junto a trozos de piedra, fragmentos de un cañón, cajas de madera y cuanto objeto imaginable se encontraba en la zona del impacto. La materia inanimada cobraba vida, mientras lo vivo se fundía al calor con lo inerte. El caos hecho realidad. El último aviso de un final que no por esperado, dejaba de ser apocalíptico. El primer disparo de la artillería inglesa en aquella mañana había hecho blanco en uno de los polvorines del Morro, haciéndolo estallar con todo su arsenal. A continuación, se sucedieron otros silbidos y explosiones menores, gritos, quejidos, órdenes de combate.

—¡Infantes de Marina del Cuarto Batallón! ¡A sus puestos! ¡Por el rey, por Santiago y por España! —gritó el capitán De la Sorna y corrió hacia la muralla hasta quedar tras una aspillera.

Sacando su catalejo del cinturón, el oficial observó el horizonte unos segundos a través de la bruma. Buscaba la imagen de las

fragatas enemigas o el resplandor rojizo de sus disparos, pero nada indicaba actividad inusual en la flota británica. Acosado por una incertidumbre creciente, el capitán cambió de dirección y enfocó el área de los fosos que protegían la fortaleza desde el este. Entonces comprendió con dolorosa nitidez el gran peligro que se cernía sobre la guarnición.

Muy cerca de los muros, por tierra y en dirección a Cojimar, se veía un movimiento peculiar de uniformes rojo y negro. Sin saberse cómo había llegado hasta allí, un pelotón de asalto británico cargado con barriles explosivos estaba minando la base de la muralla, luego de haber sorprendido y dado muerte a los defensores en esa área.

—¡Van a volar los muros! ¡Fuego de fusilaría en el sector este!, ¡soldados, preparad esas lombardas para rociarles metralla! Alférez, quiero una partida para salir a extramuros ahora mismo —ordenó el capitán a su subalterno.

No tuvo tiempo sin embargo de comprender qué había sucedido. En el último segundo de su existencia, logró ver las llamas fulgurantes y el humo azulado en las bocas de los fusiles ingleses. Un proyectil de la descarga efectuada desde el foso le impactó en plena frente haciendo caer su cuerpo desfallecido sobre la dura piedra del suelo. De haberle quedado un gramo de conciencia, el valiente oficial habría sonreído. ¿Qué mejor imagen podría llevarse un guerrero hacia la eternidad, qué la expresión furibunda de sus enemigos en la carga final?

Sean McDonald corrió a socorrer a su amigo, pero nada podía hacer por él. Su rostro estaba deformado por el impacto y en la parte posterior de la cabeza un impresionante agujero dejaba manar profusamente la sangre, drenándole la vida, tiñendo todo de rojo a su alrededor.

Sean cerró los ojos del capitán, miró al cielo buscando una respuesta a sus dudas y con voz entrecortada por el dolor de ver a su jefe sin vida, ordenó a los soldados:

—Llévallo abajo, y reúnios conmigo en la puerta este. Vamos a hacer una salida. ¡Ahora, rápido!

La historia no hablaría jamás de aquella carga protagonizada por los infantes de marina que defendían el Morro. Eran solo unos veinte hombres guiados por un alférez a quien llamaban el Inglés y ni siquiera sus compañeros de armas, en el momento crucial de la derrota, supieron del intento desesperado de aquellos valientes por detener el asalto definitivo de la armada inglesa.

El destacamento de zapadores británico tenía un poder de fuego muy superior y los soldados españoles, agotados por el sitio prolongado, la falta de agua y alimentos, las heridas y el descalabro moral de saberse ya vencidos, no pudieron más que cumplir su palabra de honor ante el rey y ante Dios, inmolándose bajo las balas inglesas. Para entonces, solo atesoraban un deseo, llevarse al Infierno un atacante más mientras dejaban este mundo. Vender su último aliento al precio de los mejores doblones de oro. Hacer que la conquista victoriosa, supiese a hiel al vencedor sobreviviente.

Los hombres guiados por el alférez Sean McDonald corrieron como poseídos por el demonio hacia las tropas infiltradas, bajando por un desfiladero abierto en la roca. Los primeros cayeron bajo una descarga cerrada, quienes les seguían lograron disparar sus fusiles a «boca de jarro» matando a algunos enemigos, uno de los cuales cargaba un barril de pólvora que estalló segando la vida de cuantos se encontraban a su alrededor. La lucha se tornó violenta en el peñasco rocoso. En los siguientes minutos, tuvo lugar allí una orgía sangrienta donde cada contrincante hacía gala de la mejor ferocidad aprendida de sus ancestros.

El alférez McDonald clavó su sable en más de un atacante, con saña rabiosa, en una especie de delirio épico, como si quisiese escribir con sangre sobre cada contrincante el epitafio a *sus valientes troyanos*. Pero en la última descarga de los británicos fue alcanzado tres veces y cayó rodando loma abajo, para quedar tendido agonizante a orillas del mar. Nadie se ocupó de su cuerpo, los asaltantes tenían una misión mucho más importante por entonces y a ella se dedicaron en cuerpo y alma; debían volar la muralla cuanto antes para acceder al interior del castillo. Habían cavado con una pacien-

cia casi oriental, durante muchos días, un túnel que llegaba a la base de la fortaleza y comenzaba unos cientos de metros al sur en una elevación conocida como La Cabaña.

Sean estaba consciente cuando la explosión abrió el gran boquete en la piel de la fortaleza y pensó con amargura en sus compañeros de armas, sabía que ahora sí estaban perdidos. Con semejante desgarradura en sus defensas los soldados españoles estaban a punto de ser derrotados.

El extranjero al servicio de España comenzó a rezar por su alma y la de sus amigos, los muertos y los que morirían en los próximos minutos.

La Habana, 30 de julio de 1762

Sean recuperó la conciencia paulatinamente, la vista aun nublada no le permitía distinguir los colores en los uniformes de los soldados que caminaban sobre la cima de la elevación. Sentía una sensación muy rara, como si avanzara por un tortuoso camino hacia aquel Paraíso tan mencionado en los diletantes discursos de los curas de La Merced. El viaje a la eternidad no parecía tan placentero como le describiera el padre Sarmientos, más bien se diría que para llegar al Cielo, la única vía era reptar por una foresta espinosa.

El dolor agudo y generalizado por todo el cuerpo le impedía precisar cual área dañada, o cuales heridas, producían aquella especie de parálisis. Ni siquiera estaba seguro del significado de tantas sensaciones intermitentes, no llegaba a dilucidar si era su alma o su cuerpo lo que languidecía con el fin de la luz. Ante un intento de alzarse sobre el codo derecho le sobrevino un mareo terrible y perdió la visión, pero aún podía escuchar las voces a su alrededor. Finalmente lo comprendió, aquellos soldados conversando en el montículo desde donde los rayos del sol poniente castigaban sus ojos, eran ingleses. «Por mil demonios..., debo estar en camino al infierno. De otra forma no estarían los malditos aquí», se dijo el joven alférez mientras trataba de entender las palabras pronunciadas en una lengua que, aunque suya, no escuchaba hacía mucho tiempo.

—*Let's finish the work; someone else will bury them before dark* («Finalicemos el trabajo, alguien más los enterrará antes de que anochezca») —tronó la voz de un oficial inglés.

—*Yes sir, we have got two more bodies and that will be all. We are about to finish* («Sí, señor, solo dos cadáveres más y eso será todo. Casi terminamos»).

—*Well, let us hope these brave soldiers will have a fair burial. They were enemies but fought like lions. They earned it* («Bueno, esperemos que estos bravos soldados tengan un entierro adecuado. Fueron enemigos, pero pelearon como leones. Se lo han ganado»).

Fue entonces que Sean tuvo cabal comprensión de su situación. No había nada sacro a su alrededor, ni los ángeles vendrían a buscarle, ni habría tal juicio final donde rendir cuentas por sus errores y aciertos. Estaba vivo y lo iban a sepultar en una fosa común junto a sus compañeros de armas caídos en el combate. O tal vez no, quizás solo estaban apilando los cadáveres para luego incinerarlos. Mientras esperaba por aquel final a todas luces horripilante, el alférez moribundo pensó en otra salida de este mundo, no menos tormentosa: lo iban a devorar las aves de rapiña, con la misma fruición con que el águila mitológica le arrancara la carne a Prometeo. Y nadie merecía tal ignominia en su opinión, ni siquiera el héroe helénico a pesar de sus desplantes a los Dioses. Su carne, además, no renacería. Él no era un inmortal, por más que en ese instante lo quisiera.

Con las pocas fuerzas que le quedaban giró su cabeza y logró distinguir los cuerpos de otros soldados españoles, completamente inmóviles, petrificados, a unos pasos del suyo propio. Por primera vez, la imagen de su muerte se presentaba palpable, sin subjetivismos poéticos. Ya no era un sobreviviente afligido por la pérdida del hermano de lucha menos afortunado, ahora era un cadáver con plena conciencia de su estatus. El aire comenzó a faltarle. Sintió algo pegajoso en su espalda e intentó pararse, pero perdió el conocimiento y todo quedó en la total oscuridad.

Cuando volvió en sí nuevamente sintió unos pequeños dardos golpeando su cara sin cesar y luego de unos segundos compendió que llovía. Ya no había luz. «Debe ser de noche», pensó. Entonces escuchó unas voces acercándose y luego un ruido como de botas

resbalando por la ladera de la fosa donde yacía. Evidentemente alguien descendía a la zanja donde reposaban los cadáveres sepultados de los defensores del Morro. Con seguridad los ingleses habían interrumpido sus tareas debido a la repentina lluvia, pero ¿por qué regresaban ahora? ¿Acaso no podían dejar en paz a aquellas almas? ¿No se habían ganado estas en vida, peleando con hidalguía, el reposo eterno en un mejor lugar? Sean trataba de escuchar aquellas palabras, pronunciadas esta vez en otra lengua diferente, el castellano:

—¡Rápido, revisad a ver si hay alguno vivo!

—Aquí uno se mueve, don José.

Sintió como pasaban un brazo por detrás de su cabeza y le pegaban una tinaja de barro con agua en los labios mientras le decían:

—Bebed soldado, bebed un poco de agua. Os sacaremos de aquí. Somos guerrilleros de la villa de Guanabacoa. No os mováis para evitar hemorragias... Gabriel, ¡venid con la hamaca! —dijo el recién llegado mientras sostenía a Sean por la espalda.

—¡Gracias a Dios! El Señor os bendiga, amigos... Por favor, revisad a mi alrededor, mis hombres están tirados en esta fosa también —respondió el alférez con voz apenas audible.

—No os preocupéis, sacaremos a todo el que aún respire. Mantened la voz baja, hay ingleses cerca.

Sean volvió a desmayarse y perdió todo contacto con la realidad. Después de una rápida revisión en la fosa abierta, cuyo sellado había sido interrumpido por un sorpresivo aguacero tropical, los habitantes de la villa de Guanabacoa se retiraron llevándose el único *cadáver resucitado* que encontraron, el de un oficial pelirrojo y lleno de pecas que hablaba el castellano con raro acento foráneo.

Aquellos guerrilleros, descendientes de colonizadores españoles, eran habitantes de la citada barriada extramuros y habían creado este próspero asentamiento sobre un lomerío, ubicado en el lado opuesto de la bahía de La Habana. Se trataba de comerciantes, orfebres, carpinteros, herreros y otros hombres de diferentes oficios que trabajaban en la ciudad y prestaban sus servicios a la

comunidad y al gobierno local. Hombres libres con sus familias, que lucharían al lado del ejército español durante el asedio inglés y escribirían, desde los primeros minutos del sitio, una página gloriosa de resistencia a la ocupación.

Los valientes cubanos, si se les pudiera llamar así a pesar de no existir esa nacionalidad en la época, pues los nacidos en la isla eran considerados todos españoles, habían iniciado aquella lucha liderados por José Antonio Gómez, alcalde de la localidad y hombre carismático a quien se conocería desde entonces como el legendario Pepe Antonio. Aun después de su caída en combate poco antes de la toma del castillo, algunos seguidores continuarían oponiéndose por las armas a la ocupación extranjera.

Para cuando el Morro cayera en manos de sus atacantes, los orgullosos oficiales ingleses se preguntaban dónde habían aprendido a pelear los también conocidos como «criollos». Con un valor rayano en la temeridad, estos pobladores locales defendían sus tierras más allá de cualquier predicción lógica. Era como si no se supieran vasallos de corona alguna. Como si Dios mismo y no el rey de España, les hubiese entregado una porción de terreno sin la cual no valía la pena vivir. No peleaban por un soberano, peleaban por sí mismos. Y sería difícil convencerles de que el imperio británico deseaba respetar su estatus de hombres libres, o que mejoraría incluso sus perspectivas de prosperidad económica. Aquellos demonios, además, no hablaban siquiera la lengua de los invasores. La lucha por tanto sería a muerte.

Atravesando los montes ralos alrededor de la bahía habanera, la pequeña columna de *guanabacoenses* armados con mosquetes, pistolas y sables de los usados por el ejército español arribó dos horas después al perímetro de Guanabacoa, su hogar y cuna de la primera guerra de guerrillas organizada en Cuba.

A Sean le dejaron escondido en una finca rústica, detrás de la caballeriza y cubierto de yerbas para ocultar su presencia ante una posible visita de los soldados ingleses. A la joven viuda Amelia de Clavijo le fue encomendada la tarea de hacer lo humanamente po-

sible por salvar al oficial de la muerte. Todos querían saber quién era realmente el herido, por su acento debía tratarse de un extranjero y para los pobladores no era habitual la presencia de foráneos en el ejército insular de su majestad Carlos III.

Las heridas eran numerosas, aunque increíblemente las balas no habían interesado ningún órgano vital. Pero sí habían causado mucha pérdida de sangre manteniendo al joven en un estado de debilidad y letargo interminables. Aunque muy delgado por el hambre padecida durante el asedio, Sean McDonald mostraba una musculatura digna de los mejores deportistas, en cierto modo la naturaleza estaba de su lado y en eso basaba sus esperanzas el médico local de la villa. A pesar de ello, no muchos esperaban una recuperación y muy pronto avisaron al padre José María para dar la extremaunción al moribundo. Mientras tanto, allí estaba Amelia luchando denodadamente por mantener con vida al extranjero que había decidido sellar su suerte junto a sus hermanos españoles, sin saber que ese sería solo el comienzo de una gran aventura, una saga de la cual se hablaría siglos después.

Al día siguiente de la toma del Morro de La Habana, en un hospital de campaña inglés, moría como resultado de las graves heridas recibidas el valeroso capitán de navío español don Luis de Velasco. Había rechazado una y otra vez las invitaciones de Sir George Keppel, tercer conde de Albemarle y comandante en jefe de la fuerza expedicionaria inglesa, para rendir la plaza. Su respuesta se repetiría inalterable: «Si quieren el castillo, tómenlo combatiendo». Y hasta el último segundo, aún herido, el honorable oficial había luchado como un león.

El conde de Albemarle, impresionado por tal gallardía, rindió honores militares con salvas de artillería al enemigo muerto, las cuales fueron escuchadas en la villa de Guanabacoa por un oficial moribundo de la Infantería de Marina de su majestad Carlos III.

La Habana, 30 de agosto de 1762

El alférez Sean McDonald se recuperaba lentamente, para asombro de muchos pobladores de la villa y en especial para el padre José María, párroco de la Iglesia Parroquial Mayor de Nuestra Señora de la Asunción. El sacerdote había dado incluso la extremaunción al moribundo un mes atrás, cuando era evidente que el Creador reclamaba su alma maltratada. Pero por alguna razón, el Supremo Arquitecto estaba cambiando de opinión y el fuerte irlandés comenzaba a ver destellos de luz al final de aquel túnel.

La villa de Guanabacoa era cada vez más custodiada por las tropas inglesas. La barriada extramuros era una cosa de día y otra muy diferente de noche. Al inicio del alba, sus habitantes parecían participar de la nueva vida social impuesta por las bayonetas británicas, pero con la caída de cada tarde la conspiración tomaba forma y renacía la marea de rebeldía que secuestraba la tranquilidad. Varios soldados ocupantes habían perecido en circunstancias poco claras, sobre todo durante turnos de guardia en las madrugadas cuando sus cuerpos parecían transmutar a lo etéreo y desaparecer con la levedad de un fantasma.

Ahora el Ayuntamiento local acababa de ser reforzado, y una unidad de caballería al mando de un comandante estaba tomando posesión de la guarnición. La villa, poblada por unas seiscientas familias, comenzaba a cobrar vida luego de haber sido prácticamente abandonada por sus habitantes el mes anterior. Ya se veían algunas personas aglomerándose en el parque central, frente al edificio de columnas romanas donde radicase antes la alcaldía; preparándose

para acceder a la elegante Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. En el templo de arquitectura mudéjar, con paredes copadas por un techo de tejas a dos aguas y dos portones arqueados en la fachada, terminado en la torre con su campanario en el extremo, oficiaba los domingos el padre José María sus misas más concurridas.

La Habana se había rendido a los ingleses el 12 de agosto, tras casi dos semanas de bombardeo inmisericorde por parte de la artillería terrestre y naval británica. Tras la caída de la fortaleza del Morro, la defensa de la ciudad amurallada se había extendido más por la mezcla de terquedad e hidalguía que caracterizaba a los ibéricos, que por su capacidad bélica de defenderse. Finalmente, ante los ojos asombrados de los líderes británicos, la bandera blanca había sustituido los blasones de su majestad Carlos III.

El conde de Albemarle y el almirante Pocock, al firmar el armisticio, habían concediendo ciertas libertades a los derrotados. Veintiocho navíos transportarían a los valientes soldados y oficiales españoles hacia su país, España, y todos saldrían por la Puerta de la Punta en formación, recibiendo honores militares. Los oficiales portarían sus efectos personales y dinero, la ciudad mantendría sus fueros y propiedades, y la religión católica continuaría siendo practicada en los templos. Dos mil setecientos invasores y tres mil españoles, incluyendo los habaneros, habían perecido para entonces en la contienda.

El padre José María accedió al establo de la finca Ermenegilda, la pequeña hacienda propiedad del doctor Gregorio Clavijo, donde dos semanas atrás los guerrilleros habían escondido a Sean. El galeno, un inmigrante canario, vivía allí con su familia y prestaba servicios en el hospital de tránsito San José, construido cuatro años antes en terrenos de la Iglesia. Amelia se levantó del taburete apenas vio al prelado, avanzó hacia él y haciendo una genuflexión tomó la diestra ofrecida para besar el anillo. La joven de veintitrés años, descendiente de canarios nacida en la isla, había quedado viuda semanas atrás cuando su marido cayera combatiendo a los invasores. Era cuñada del doctor Clavijo, cuyo hermano la había desposado a finales

de 1760 en la propia villa luego de perder ella a sus padres en un incendio breve y letal. Eugenio Clavijo, algo menor que Gregorio, había sido teniente de la milicia local. Y se había sumado entre los primeros al llamado del alcalde Pepe Antonio para defender la tierra que ya todos consideraban patria a esas alturas.

—¿Cómo se halla el enfermo? —indagó el cura, mirando de reojo hacia la figura lastimosa que parecía dormitar sobre un colchón de heno, cubierto con sábanas donde se apreciaban manchas de tonos carmelitas.

—Ha dormido bastante hoy, padre. Y ha desaparecido la fiebre —informó Amelia mientras le dedicaba una mirada algo melancólica al herido.

—Con vuestra venia, padre, quisiera inspeccionar al paciente ahora. No dispongo de mucho tiempo. El hospital está recibiendo aun soldados heridos —intervino el doctor Clavijo y esperó por el gesto de afirmación del sacerdote.

Amelia se había recogido hacia una esquina del establo, y ahora miraba fascinada a su cuñado quien con manos expertas removía los vendajes del torso lampiño de Sean. La joven era realmente hermosa, tenía un rostro de líneas alargadas con facciones de efigie griega pero el cabello era encrespado y cobrizo. Los ojos eran de un verde intenso, y transmitían una determinación evidente.

El galeno terminó de remover el último trozo de tela. Ahora el torso de Sean estaba al desnudo, inflándose y desinflándose al ritmo de la respiración agitada, exhibiendo tres marcas amoratadas sobre las suturas que cerraban los orificios de bala. Una en el pecho, otras dos en las costillas izquierdas. Cuando el doctor presionó la piel buscando saber si había supuración desde el interior, el herido soltó un gemido y despertó. Luego forzó una sonrisa que no llegó a ser tal y balbuceó:

—Las malditas balas inglesas no me mataron, pero vos vais a lograrlo sin dudas.

—Estáis mejorando, Sean. Ya no os supuran las heridas —explicó el doctor y continuó mientras palpaba otras zonas del cuerpo

que yacía sobre la paja—. Pero me temo que no podremos mantenernos mucho más tiempo acá en la finca. Los ingleses están patrullando intensamente en la región, y están revisando las haciendas una tras otra. Debemos trasladarnos para la Ermita del Potosí, el padre Arnulfo ha preparado un escondrijo allí para vos. ¿Creéis poder resistir el viaje, mañana mismo?

—Si san Patricio me ha traído hasta aquí, doctor, él me hará llegar a ese lugar..., sea cual sea —respondió no sin esfuerzo el herido y tomando aire, mirando los ojos verdes que le observaban desde la penumbra en la esquina del establo, indagó—. Pero... ¿vais a privarme de mi ángel de la guarda? ¿Podrá acompañarme doña Amelia y cuidar de mí en esa ermita?

—Mi querido alférez... Amelia se ha ofrecido a ayudar en cuanto sea menester, pero esa decisión es enteramente de ella —respondió don Gregorio mirando a su cuñada y continuó—: Vuestra recuperación va a requerir de extrema dedicación, además de absoluta discreción. Así es que... ¿Qué decís, Amelia? ¿Estáis dispuesta a continuar cuidando a este valeroso oficial en la Ermita?

—Por supuesto, cuñado. Haré lo que sea necesario en la lucha contra los ocupantes —aseveró la joven y su mirada pareció haberse encendido como un candil en medio de la noche.

—¿De qué lucha habláis? ¿No habíais dicho que la plaza se ha rendido ya? —indagó Sean ladeando la cabeza desde su improvisado lecho.

—De la lucha que seguiremos librando con la gracia de Dios, hijo mío —explicó el padre José María—. Quedan muchos españoles con el honor incólume en esta tierra, y la sangre de nuestros hermanos habría sido derramada en vano si no persistiésemos. Los ocupantes sabrán de nosotros muy pronto, y vuestra merced está llamado a ocupar un rol importante en la contienda.

—Aquí no habrá paz hasta que los «mameyes» se vayan por donde mismo vinieron. Y vamos a necesitar de vuestra experiencia, Sean, así que... ¿Qué decís? ¿Estáis con nos? —intervino Amelia y le dedicó una sonrisa al irlandés.

—Ustedes me arrancaron de las garras de la muerte... ¿qué puedo decirles? Mi deuda con esta villa no se saldaría ni en diez vidas. Si Dios lo permite, por supuesto que será un honor regresar a la batalla junto ustedes. Tenéis mi palabra —sentenció el alférez y, de pronto, volteó la cabeza para caer progresivamente en un letargo aliviador.

El médico local limpió las cicatrices con alcohol, aplicó unguento en las mismas y tapó el torso con vendajes limpios. Luego, volteándose hacia el sacerdote, explicó:

—Mañana al atardecer vendré a buscarle. Debemos atravesar la villa en el horario del cambio de guardia, a las seis en punto de la tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Yo crearé la distracción como acordamos, tocando unas campanadas en la Parroquia apenas vea la carreta pasar frente al ayuntamiento —dijo el padre José María.

—Entonces, Amelia, tenedle listo a las cuatro y media. Partimos a esa hora —informó el doctor a su cuñada, a lo que esta asintió con un gesto de cabeza.

—Con la gracia de Dios —sentenció el cura y tomando en su mano un rosario, realizó la señal de la cruz.

